

VIEJOBUENO.—Está loco... y lo peor es que se me ha perdido de vista... Tétrico, sombrío. No come. No duerme... habla solo... Los toscanos, no los fuma, los masca... ¡Hoy, aprovechando una momentánea ausencia de él, entré a su pieza y allí, sobre la mesita, tenía un revólver flamante, cargado con seis balas feroces!... Suerte que en medio de mi espanto, tuve una idea maravillosa: llevé el revólver a la armería y le hice sacar todos los plomos a las balas, dejando las cápsulas con pólvora solamente, para que no sospechara... Cuando Gambarruta volvió, se guardó el revólver sin desconfiar... Hoy ha estado más nervioso que nunca...

BENIGNO.—Lo escucho con gran placer... mas el deber es deber... y yo debo proceder... Señor Viejobueno, no hay nadie en casa y usted debe retirarse.

VIEJOBUENO.—¡Ah! ¿me echan? Pues ellos cargarán con la responsabilidad... Si sé esto, le dejo las balas cargadas. ¿Dónde se habrá metido este cristiano zonzo? (Mutis por foro.)

BENIGNO.—“La tragedia de esta casa — la arreglará este cristiano — ya veremos lo que pasa — cuando venga el italiano”. (Mutis por foro.)

ISABEL, MECHA y CHOLA, de primera derecha. Estas últimas con sombrero MECHA.—Y alegrate un poco.

CHOLA.—Parece que te doliera abandonar Buenos Aires.

MECHA.—¿No será que te hayas enamorado de Gambarruta?...

ISABEL.—Lo que digo es que ese hombre me ha impresionado. Ha sido como un retorno a mis años mozos... más todavía, porque nunca me sentí querida con tanta pasión. Ese hombre que sigue viendo en mí a la chica de 17 años, me ha hecho vivir estos días una vida de ilusión y de resurgimiento. Hasta me he visto más joven en el espejo...

MECHA.—Eso es romanticismo 1830, mamá... Un casamiento con Gambarruta por ridículo, nos hundiría a nosotras, que ya no podríamos encontrar un marido bien...

ISABEL.—Sí, hijitas, sí... Por ustedes, todo... la felicidad... todo...

CHOLA.—Hasta luego, mamita... (La besa.)

MECHA.—Hasta luego y dejate de fantasías... Terminá de arreglar tus sombrereras... (La besa y mutis con Chola, por foro.)

ISABEL.—A eso vuelvo... (Mutis primera derecha.)

Reaparece por foro BENIGNO, que se arrima al balcón; luego, DANTE

BENIGNO.—Cayó la laucha en la trampera. Se ha metido en el jardín... Chist! Chist! Pase... Con cuidado... Deme la mano... (Salta el balcón DANTE y entra.)

DANTE.—(La barba crecida; desaliñado, parece no haberse desvestido hace tiempo. Avanza, aspirando fuertemente el aire.) ¡Por fin puedo respirar el aire que ella respira!

BENIGNO.—¡Espacio! Corro el riesgo de que me despidan...

DANTE.—Es un momentito, nomás. Quiero verla sola a Isabel. Pedirle que nos fuguemos mediatamente. Tengo todo arreglado: el automóvil en marcha. El viquillante compro para que me dea vía libre, dos pasajes para Chile, un camarote de Valparaíso para Italia... Una fuga en buena forma, pero si se niega, entonces — lo tengo decidido — me mato y aquí no ha pasado nada. Me iré abaco de la tierra para que me crezca pastito encima del lomo...

BENIGNO.—Señor Dante, lo he dejado hablar, oyéndolo con hondo dolor, pero le ruego que se tenga firme, porque le voy a arrojar un adoquín por la cabeza...

DANTE.—¿Un adoquín a mí?

BENIGNO.—Una noticia que lo equivale: usted habla en la convicción de que la señora Isabel se alberga en esta casa... y no es así.

DANTE.—¿Cómo? ¿No está?